

# El destierro del Yo. El Ahí-Yo.

## Panfleto contra la concentración.

Luis Montero

*“Hay que mantener la concentración a toda costa”*  
*Johan Cruyff.*

Empiezo:

1. Recién llegado al mercado se acerca a un puesto de fruta. Tiene hambre y quiero uno de esos apetitosos melocotones que a la vista ya se sabe que son dulces, tiernos y jugosos. Educado, pregunta al hombre encargado del tenderete cuánto cuestan un par de frutos. El mercader contesta: “tres damblones”. “¿Qué es un damblón?”, pregunta sorprendido el aspirante a comprador y hambriento. Hasta ayer había pagado siempre con euros, y antes aún con pesetas. Incluso recordaba que sus abuelos habían pagado con reales, pero jamás en su vida había escuchado hablar de damblones. “Un damblón: cuatro marcias”, dio por el hecho el tendero que así cerraba la cuestión.

2. El Yo se ha convertido en sobrante. Es una excrecencia del cuerpo que no es necesaria para completar las funciones de éste: el trabajo y el estar. El Yo y sus atribuciones exceden a lo requerido por el hombre para estar en sociedad. El Yo es un excedente, una externalidad, como dicen ahora los economistas. De hecho, cuando se produce un accidente laboral y el tornero es amputado por la máquina, generalmente se debe a una falta de concentración del obrero. Por un momento, ¡basta una décima segundo!, así de precisa se ha convertido nuestra vida, el trabajador ha perdido la concentración y ese despiste lo paga con un miembro. Sí, estamos en la sociedad de la concentración. En la que todos los medios y autores, desde los políticos hasta los cursis –si es que no lo son todos, cursis– exigen que vivamos concentrados, fundidos con la tarea, como el deportista de élite, apartados del Yo. Sí, vivimos en una sociedad en la que el Yo es un lujo que no podemos costearnos. La pérdida de todos esos partidos, de todos esos miembros lo demuestra.

El Yo es un objeto de lujo.

3. ¿Por qué?:

¿Es semejante, se podría decir, la actitud del piloto de Fórmula 1 al volate de su bolido-máquina a la del concertista al teclado de su piano-instrumento? Por un lado, máquina e instrumento, son artefactos diseñados y construidos para un alcanzar un fin. El bolido, para eso: volar, hacer que el

piloto llegue el primero a la meta. O que lo intente. El piano para sonar, o dar cuerpo a las armonías que el concertista tiene en la cabeza. O, al menos, que lo intente. Ambos, máquina e instrumento, son así incompletos: la promesa de la consecución sólo es posible gracias a la pericia del ejecutor. Dependen, por tanto, de un ejecutor y su pericia. Dependen, como se diría ahora, del usuario. Sin embargo, trazar un paralelismo entre artefactos, y entre usuarios, parece arbitrario e injusto. Incluso en estos tiempos en los que la eficiencia lo puede todo parece que equiparar al atleta con el artista no es de recibo. Chirría. Nos chirría. ¿Por qué? Porque los resultados, los fines, son de naturaleza distinta. El resultado de la competición, por loable o no que sea, termina con la propia competición: se es el primero o no se es el primero; pero más allá de la clasificación no hay más promesa que el siguiente campeonato. La competición es una pregunta que requiere una respuesta concreta, el puesto en el escalafón. Y como es capaz de alcanzar una respuesta concreta requiere, necesita para poder seguir siendo planteada, de una formulación de la pregunta. Es por eso que siempre existe un siguiente campeonato. El arte, la música en este caso, no termina en un ranking –por mucho que lo intenten las industrias culturales, y hoy todas o casi todas lo son, apreciamos la música no por el puesto que ocupan en un listado–, al contrario, la música plantea la pregunta pero nunca genera respuesta alguna. O, al menos, no la respuesta definitiva, excluyente. Esto es, concluyente. O, si la genera, ésta es variable. Depende, entre otras muchas cosas, de las facultades tanto del ejecutor como del oyente –que es un tipo de usuario que no existe dentro de los casos de uso de la eficiencia. Por eso la música, o el arte, no caben en listados de éxitos: de ahí lo inane, lo imbécil de todo ejercicio canónico: cuya elaboración siempre es ajena a la obra –el resultado de la conjunción entre el artista y el artefacto que lo produce, ya sean éstos papel y pluma, teclado de instrumento o de ordenador o piedra y cincel.

Pero vuelvo a la pregunta inicial: que no se establecía alrededor del resultado de esa conjunción hombre-artefacto sino alrededor de la actitud del hombre cuyas manos ejecutan un artefacto. ¿Cómo es ese hombre y cómo es su actitud? ¿Es posible, a partir de la descripción de ésta, determinar una forma del primero?

Sí, y para resumir, sería: el estar-en-la-máquina.

Estar-en y no estar-con, que es como empieza la cuestión. Sí, porque la relación hombre-máquina y hombre-teclado

La diferencia está en dónde está el operario y dónde está el concertista. Ocupan espacios de su Yo diferentes. O su Yo ocupa espacios diferentes. En el primero, su Yo y su sí-mismo ocupan el mismo espacio, están concentrados. Son presente y viven en ese presente, fuera del cual no hay nada. La concentración excluye al mundo. En la linealidad de la máquina, el estar-en-la-máquina se constituye como un todo, y ese todo que alberga se reduce a lo necesario para ejecutar su función. Es un mundo que se cierra sobre sí mismo, plegado. El universo se encoge hasta ceñirse exclusivamente a la tarea. En el segundo, su Yo persigue a su sí-mismo o, mejor dicho, va en pos de su sí-mismo. A veces lo anticipa, a veces lo busca desesperado, lo anhela. Es un presente que se alimenta de un pasado que alimenta un futuro, es presente preñado de promesas de temporalidad. El músico no está en el teclado porque el teclado no es más que la forma de dar cuerpo a lo que tiene en su cabeza. No hay un estar-en-el-teclado sino un estar-en-la-música. El universo, al contrario que le sucede al operario, se expande en busca de referentes, de referencias para convertirse en una barandilla sobre la que apoyarnos y crecer.

Quizá operario y músico se concentren, pero no es la misma concentración.

4. La distancia. O, como se han llamado tradicionalmente sus causas: epifanía, extrañamiento, aburrimiento... Momentos, instantes en los que el Yo toma consciencia de sí-mismo, aunque sea fugazmente. Momentos en los que, mediante la distancia, el Yo logra observarse a sí-mismo o, mejor, cae en la cuenta de su sí-mismo. Pero es una observación neutral, distante pero indistinta. El Yo contempla su sí-mismo. Por un lado deja de participar del mundo, el caso, del que es obligado a participar al tiempo que deja de participar también en su sí-mismo. Se desconecta de ambos, pierde relación con ellos, pero al mismo tiempo mantiene ambas conexiones. Sigue inmerso en tanto en el caso en el que está como del Yo que es, pero ya no está inmerso ni en uno ni en otro. Y tampoco toma partido por uno o por otro. Contempla a los dos con la misma lejanía, desde la misma distancia. Es un estar casi aespacial, no-espacial. Más allá del cerca y del lejos. Y, por tanto, más acá.

5. Epifanía, extrañamiento, aburrimiento son ajenos a la concentración.

6. El arrebató, sobre todo.

7. De coincidir con alguna, la concentración coincide con la posesión.

8. El Yo se configura en la distancia, el alejamiento. La concentración exige la cercanía, la fusión del Yo con el objeto de su tarea.

Sólo la concentración es eficiente. Sólo el Yo concentrado es eficiente.

9. El siglo XX no fue tanto el siglo del Yo como de su destierro.

10. En el siglo XXI, el Yo es la bola de preso que arrastra el humano acosado por la eficiencia.

11. El distanciamiento, momento inexorable para la toma de conciencia el yo, exige tiempo, tiempo de cohabitación de uno consigo para alcanzar a reconocer los matices que empujan y se derivan de ese distanciamiento. Y ese tiempo, hoy, nos es robado por el tiempo que dedicamos a estar concentrados.

12. La concentración es la pérdida de conciencia de uno en aras de la realización, y consecución, de una meta. La concentración es la forma por la que hoy entendemos el acto.

Soy el que se concentra en hacer algo. Soy no sólo el resultado de esa acción que hace algo sino también el que ha desaparecido de sí, aquel que se ha exiliado de sí-mismo.

Estar concentrado en el mundo es aunar ambas formulaciones: “soy el resultado de la acción” y “aquel que ha desaparecido”.

13. No es de extrañar que sea el tabaco la droga más extendida en el mundo; y la única legal: el tabaco ayuda a la concentración.

14. El Yo está (es) exiliado del mundo, pero ese destierro lo entiende como un exilio.

15. El depresivo, por ejemplo, sufre una distorsión, por cercanía/lejanía, de la distancia. De

toda distancia.

16. Pero el exilio abre problemas, fundamentalmente porque introduce ruido en la interpretación de la distancia. Pero más allá de ellos, el destierro del Yo fundamenta un problema, hoy irresoluble ni por las drogas –MDMA o Ketamina– ni por la tecnología –todo ese aparataje externo de periféricos que hemos desarrollado– no puede resolver: los afectos. Sin el Yo, o con alguna forma de Yo-superfluo, los afectos se desbocan como Sade era un burgués desbocado. Los afectos requieren una interfaz, en su doble función de traductor y limitador/regulador de lo expresable/sensible, que se ha perdido con la dimisión forzada, por exilio o por destierro, del Yo.

17. La concentración exigida por un trabajo desvinculado de una idea de sujeto exige una forma de Yo desligada de una idea de sujeto.

18. La dimisión, ya sea por destierro o por exilio, es obligada. Forzosa. Uno está pertrechado para enfrentarse a la vida –¿por qué la vida es algo con lo que se enfrenta uno?– y reconocer que el equipamiento para ese enfrentamiento es insuficiente o, lo que es peor, inadecuado, nos derrota de antemano. En la obligatoriedad impuesta de todo destierro está la aceptación de la positividad de la situación primera, de aquella de la que se es desterrado. Sin embargo, si uno renuncia al punto de partida, no hay más punto de partida que el aquí y ahora, en cada momento, renuncia a la obligatoriedad. Y con ella, a la positividad previa.

Hay condenas que sólo se ejecutan si el reo comparte la razón de la ejecución.

19. En la concentración no hay miedo. La concentración imposibilita el miedo. Y el miedo imposibilita la concentración. Se excluyen mutuamente.

20. Una sociedad (¿una civilización?) sin miedo es una sociedad concentrada. El mundo-hecho, tan cierto él, ha erradicado el miedo pero exige concentración sin fin. *Vivimos concentrados* (vivimos solo concentrados) es el precio a pagar por erradicar del mundo aquello que de miedo había. Y, sin embargo, seguimos teniendo miedo. Y quizá sea lícito preguntarse si no seremos, una vez perdida las razones objetivas del miedo, la sociedad más temerosa de la historia. El miedo sin objeto y, por tanto, sin referentes ni referencias, se ha convertido en pavor. Un miedo que nos desnuda porque estamos absolutamente desprotegidos. Se diría que este mundo-hecho sin miedo es una segunda expulsión del paraíso, pero la desnudez ya no nos da vergüenza, o no sólo nos da vergüenza, sino que nos aterroriza: el miedo sin objeto nos obliga a reconocernos como sujetos miedosos. El miedo es inmanente y aceptar eso, lo sabemos, supone aceptar la imposibilidad de cualquier paraíso.

Pero hay cosas que no podemos aceptar. Que no hemos sabido nunca y quizá nunca sepamos. Por eso, al mismo tiempo, todo miedo se convierte en el fracaso de esa sociedad. Tiene que ser la sociedad, la civilización la que fracasa, nunca nosotros. Y ese convivir con la imposibilidad de aceptar la presencia del miedo en un mundo en el que ya no cabe el miedo lo podemos llamar burguesía: al fin y al cabo así se podría resumir su constitución más íntima.

21. Pensamos que lo único verdaderamente irrenunciable es nuestra individualidad, y lo pen(¿s?)amos porque creemos que es una renuncia que no está en nuestras manos.

22. Que estamos derrotando el miedo se demuestra en que éste ya sólo es posible en los

márgenes de la sociedad y que es allí donde se centra la batalla contra el miedo: por eso hay, entre las tropas de invasión USA, soldadesca especializada a suavizar, mitigar el efecto de las topas en la sociedad Afgana: si el Pentágono quiere incluirlos en el modelo de sociedad USA, no puede permitir que el paisano afgano pase miedo.

23. La concentración y el ensimismamiento son también opuestos. Que el concentrado no está ensimismado parece obvio: uno no puede ensimismarse cuando su vida depende de no tropezar con las ramas del sendero mientras escapa del oso. Y el ensimismado no está concentrado. La concentración supone cerrar la atención, delimitar el mundo hasta reducirlo a un punto fijo del que no se pierde la vista (los sentidos); el ensimismado está más allá de lo abierto o lo cerrado: los sentidos y la atención no juegan papel alguno en el ensimismamiento.

24. Hay una primera fase en el aprendizaje de la meditación transcendental que bien podría llamarse “juegos de concentración”: formas de fijar la atención. Pero eso no es concentración tal como aquí se entiende, porque se busca la “concentración en la concentración”. Se diría que la concentración es lineal, el recorrido entre el antes, el durante y el después –este es ínfimo, pues se reduce la instante de la finalización– de la tarea, mientras que la “concentración en la concentración” inaugura una circularidad: la espiral sin fin del testigo de uno mismo: la escucha de la voz de la escucha de la voz de la escucha de la voz de la escucha de la voz... hasta alcanzar las siete recursividades que, como anota Dennett, somos capaces de comprender sin perders.

25. Quizá al Yo le pase como a la idea del sueño de Dennett, que sin la atadura de los sentidos se vuelve loco y sueña; quizá sin explicación del mundo el Yo pierda sentido también. El mundo sin sentido sólo es habitable por un Yo sin sentido.

26. Y que la ansiedad sea el anhelo de sentido de un Yo educado para el sentido.

27. La distancia del Yo, la construcción del Ahí-Yo, se hace tangible en la sobredosis fenomenológica: la sobresaturación sensorial. El todo se hace real mediante la alimentación salvaje y desmedida de los sentidos. Todo es porque se siente inconmensurable. La sobrealimentación visual, olfativa, gustativa y táctil construye una representación del mundo como extremadamente visual, olfativa, gustativa e incluso táctil. El mundo es, y solo puede ser así, porque aniquila nada más allá de los sentidos. El mundo es la representación desmesurada del mundo. El mundo se construye, y se constituye, como agotador porque exigimos que sea agotador para estar –no-estar– en el mundo.

28. Sólo estamos dispuestos a renunciar al Yo cuando se trata del Yo del pasado. Y quizá ni siquiera sea una renuncia, simplemente una memoria desdibujada necesaria para que aquel Yo encaje en el Yo actual.

29. La Filosofía, tal como le sucede a la psiquiatría, sólo se fina en los extremos. Desde el psicópata, o el análisis de las distintas psicopatías, se ha escrito la norma.

30. La exterioridad es la interioridad del Ahí-Yo.

31. El Ahí-Yo y los sentimientos. ¿Externalizado el Yo somos capaces de sentir algo (y somos capaces de hacerlo en una fenomenología absolutamente mediada/abiologizada)? ¿No sentimos porque externalizamos el Yo o externalizamos el Yo por miedo a sentir? ¿O es la externalización

del Yo la que hace del sentimiento algo inasequible y, por tanto, temeroso?

32. Hemos trasladado el ruido interior del humano (“No soy un hombre, soy un campo de batalla”) al mundo. Un mundo extremadamente ruidoso para encontrar una cierta tranquilidad interior.

33. ¿En el distanciamiento, tan alejado de la concentración, quién escucha y quién habla? En esos breves instantes en los que me alejo de mi y me distancio soy capaz de verme como el espectador ve el teatro, de escucharme como el oyente radiofónico. ¿Ahí, en esos momentos, dónde estoy Yo? ¿Dónde está mi Yo? ¿Soy la voz interior o soy el testigo? ¿O ambos? ¿O en ninguna parte? Aquí podría mencionar a Hume o a Arendt, pero no lo voy a hacer. Al menos, no hoy.

34. El ruido del mundo-hecho oculta el silenciamiento de nuestro mundo interior. Esto es algo que no hay que explicar mucho: basta salir a la calle –o quedarse en casa acunado por la batería de máquinas-de-ruido que el mercado pone a nuestra disposición– para darse cuenta de ello. Sepultando el mundo-dado hemos sepultado el silencio: el ruido, que hoy se entiende como aquello para lo que tenemos las orejas –desde luego ya no son para escuchar el silencio imposible– oculta el silencio que somos (o que nos deja percibir lo que somos, esa voz interior, en cuya escucha nos descubrimos a nosotros mismos). Quizá Heidegger tuviera razón al casar silencio con miedo (aunque herrara al casarlo con nada).

35. La distancia del Yo, la construcción del Ahí-Yo, se hace tangible en la sobredosis fenomenológica: la sobresaturación sensorial. El todo se hace real mediante la alimentación salvaje y desmedida de los sentidos. Todo es porque se siente inconmensurable. La sobrealimentación visual, olfativa, gustativa y táctil construye una representación del mundo como extremadamente visual, olfativa, gustativa e incluso táctil. El mundo es, y solo puede ser así, porque aniquila nada más allá de los sentidos. El mundo es la representación desmesurada del mundo. El mundo se construye, y se constituye, como agotador porque exigimos que sea agotador para estar –no-estar– en el mundo.

36. ¿La externalización del Yo es su incrustación en el Mundo-Ahí? Si fuera así, Nietzsche (o Searle o Bordieu y sus Background y Habitus) se habría equivocado: no sólo no nos hemos cuestionado ese Mundo-Ahí sino que lo hemos convertido en inmanente. Quizá, por otra parte, esto haya sido así y esta conclusión no sea más que un reconocimiento.

37. La externalización del Yo y su fusión con el Mundo-Ahí no hacen que participemos todo de un mismo Yo, en el fondo, sino que vivimos en ese fondo. No es que seamos toso Uno, en el sentido heideggeriano, sino que ninguno somos separados. No es tanto una relación de anticipación, también heideggeriana, el Mundo-Ahí no está delante en el tiempo sino que es un delante-fuera, un delante atemporal. Como si nos mirásemos en un espejo, individuo y reflejo comparten temporalidad, el instante de la reflexión, pero el reflejo es el Yo sobre el que el individuo, de Yo exiliado, intenta construir un Yo. El reflejo es, así, la promesa inalcanzable de sí-mismo. Testigo delator de la imposibilidad de ser uno mismo.

38. Esa pulsión por ser reflejo podría ser semejante al “deber ser” kantiano –ese es uno de sus múltiples nombres. Uno “debe ser” lo que “debe ser”, pero la imposibilidad de serlo se convierte en condena: el ansia de su como “debe ser” como deuda impagable. Pero a diferencia del deber

kantiano, esta deuda no se fundamenta desde una idea, la razón, sino que se proyecta en los objetos, el mundo-hecho. Y, al contrario de lo que podría parecer, esa proyección sobre lo material la convierte en más impagable todavía. El “deber ser” se convierte así en una condena de redención imposible.

39. El Yo-Ahí incrustado en el Mundo-Ahí carece de perspectiva. La mirada al mundo y la mirada en el mundo son lo mismo. Se confunden. Sin perspectiva el mundo se convierte, no sólo en el tiempo vivido. Las posibilidades de vida

40. El Yo-Ahí es constructivo por necesidad. Es inherentemente constructiva. Esa, construir un Yo-Ahí, es al fin y al cabo su tarea

41. Nos reconocemos a nosotros mismos como reconocemos al otro: escuchando. Uno se reconoce a sí mismo, reconoce su sí-mismo, porque se escucha. Independientemente del contenido del sonido. El sentido de la voz interior es posterior al reconocimiento de la voz: el extrañamiento de la existencia de la voz sucede antes. Escuchando al otro uno normaliza, o patologiza, el contenido de la voz de uno mismo. Es el escuchar al otro lo que enseña quién es uno.

42. Quizá la posibilidad del ensimismamiento no sea un atributo nuestro sino un atributo del mundo. Quizá el mundo-hecho haya perdido ese atributo. Quizá ya no podamos distanciarnos del mundo. Entonces, no sólo la metafísica, sino también nuestra capacidad de transformación del mundo se hubiera perdido. La ciencia habría construido un mundo el que ya no cabría la ciencia. Un mundo estancado, eterno, incapaz de albergar tanto nuestra tradicional idea de progreso como cualquier idea de cambio, de transformación hacia ningún otro lugar. El mundo sería, inexorablemente, el mismo mundo para siempre. Y, con un mundo idéntico eternamente, nosotros permaneceríamos idénticos eternamente. Así, formulaciones del tipo “el mundo es todo lo que es” o “el mundo es el caso” serían ciertas e inmutables.

43. El estado del sujeto en el mundo-hecho es la concentración.

44. La concentración reduce al sujeto en una entidad performativa –iba a escribir “máquina performativa”, pero todas las máquinas lo son, es la gracia que tienen; y más desde que todas están regidas por lenguajes en código. El sujeto se resume al acto, en su acometer en el mundo.

45. La concentración en el acto facilita la tarea grupal. El equipo es el eufemismo de uno y otros convertidos en el qué que realizan.

Pero el deporte no es más que un síntoma, otro. La representación actual de la concentración construye, y al tiempo se transmite y comunica su imaginario. En cualquier retransmisión deportiva o, más allá, en cualquier proyección de cualquier actividad en grupo, ya sea un anuncio o un video de internet, aparece gente haciendo cosas, concentrada en hacer cosas, cosas que pueden ser representadas mediante ese medio (i.e., fáciles de interpretar, identificar y decodificar). La concentración ya no es aquella concentración del trabajo intelectual, el esfuerzo del pensamiento por centrar la atención, sino la representación de un Yo que no existe, ausente. No está. Tanto es así que puede ser sustituido por otro Yo cualquiera. En esos videos, cualquier actividad de las aparecen la podrías estar haciendo tú. La representación de la concentración no sólo se centra en una tarea sencilla de representar, sino que evidencia la modularización del Yo, de todos los Yoes. Todos los Yo que somos todos son fragmentos aislados e intercambiables de un

una instancia superior compuesta de Yoes concentrados, tantos como Yoes exige la completud de la tarea expuesta. Ese conjunto de Yoes alimenta la ejecución que el mundo-hecho exige para seguir siendo hecho, para seguir haciéndose a sí-mismo mediante ese si-mismo que son la suma de todos los Yoes disponibles: los Yoes útiles y, por tanto, concentrados. Un gran mundo-Yo ensamblado a partir de millones de Yoes-concentrados fácilmente –tan fácilmente como el Yo-concentrado representado– y sustituibles entre sí.

Así, el mundo-hecho está ensamblado por Yoes-concentrados que actúan como los componentes del coche moderno.

46. El Ahí-Yo se revela en el exterior del sujeto. El Ahí-Yo se manifiesta en la acción y se reconoce a sí mismo mediante lo hecho. El Ahí-Yo, extraditado, encuentra su sujeción en el mundo-hecho.

47. La hermenéutica nos ha acostumbrado a relacionarnos con la acción no como su sujeto, activo o pasivo, sino como los espectadores de esa relación. Somos incapaces de relacionarnos con la acción si no es mediante la lectura de su génesis, sus políticas y el aparato que constituyen. La distancia entre lo hecho y el efecto de lo hecho ha crecido tanto que somos incapaces de sentir eso hecho. La ecuación que casaba acción y afección se ha roto de tanto estirla. Hemos erradicado la afección a lo hecho. Así, cuando nos enfrentamos a una situación, la que sea, atendemos no tanto a los afectos que nos genera ésta como a cómo son generados esos afectos. Hemos escogido ser espectadores cuando, por naturaleza, estamos llamados a ser protagonistas. Preferimos analizar los efectos y cómo son producidos que los afectos en sí. No padecemos lo que nos acontece, padecemos la interpretación de lo acontecido. Cuando contemplamos el atardecer de un día de primavera, por poner un ejemplo, no son la armonía de colores, la luz muriente o el paisaje difuminado lo que nos deleita, no; encontramos la belleza en lo reconfortante, lo tranquilizador de la escena. El efecto producido por la afectación, más que la afectación en sí, lo domina todo. Nos comportamos con nosotros mismos como si fuéramos los sujetos experimentales de nuestra propia vida, las cobayas de nuestro propio acontecer. En este sentido, se vive en tercera persona. Una escisión entre el Yo que al que le suceden las cosas y el Yo que las constata. Un corte no seco, una ruptura quebrada, astillada, de las que dejan secuelas décadas después, un tajo roto que quizá siempre estuvo ahí, pero que ahora es el modo preferente de nuestro experimentar el mundo. El sí-mismo es un Ahí-Yo que pulula, porque ya no se puede llamar “habitar” a su estar-en-el-mundo, preocupados por los efectos que lo hecho tendrá sobre ese sí-mismo ya esquivo. Atentos a los efectos, a las causas, a las manifestaciones que la acción puede tener sobre ese Ahí-Yo que somos. No tanto vivimos como nos experimentamos. Y como tales, somos síntomas en busca de una enfermedad que no termina de llegar. Y no, no me refiero a ese malestar generalizado, combinación de insatisfacción y pérdida, al que todos nos agarramos, quizá con la esperanza de sentirnos aún vivos: esa desazón nos es más que otra manifestación, esta vez en forma de efecto, de esa acción que percibimos como ya desterrada, aunque, por lo que parece, muy llamativa; no, me refiero, más bien, a que vivimos observados por nosotros mismos, tan ocupados en anotar, siquiera mentalmente, cada pequeña comezón. Vigilantes. Vigilándonos. Nos hemos despreocupado de la acción para centrarnos únicamente en sus consecuencias. O, mejor dicho, para centrarnos únicamente en las consecuencias que, para cada uno de nosotros, puede tener una acción cualquiera.

Es interesante contrastar que ese desplazamiento en el foco de atención entre el acto y las afecciones que genera el acto no supone una reelaboración del repertorio de afecciones posibles.



Por mucho que miremos el anochecer no van a surgir nuevos afectos. El muestrario es el que es. Y no parece que haya cambiado o vaya a cambiar sustancialmente. O sea, que no parece que la intención de ese desplazamiento sea la reelaboración de ese repertorio de afecciones. Por centrarnos en las consecuencias no vamos a modificar esas consecuencias, y si esa era la idea, malo. No, no hemos modificado, ni para ampliarlo ni para estrecharlo, el abanico de respuestas disponibles; como tampoco hemos modificado las asignaciones: los mismos acontecimientos siguen generando, con toda indefinición propia de estas cosas, los mismos afectos. No, nada de eso ha cambiado. Simplemente ahora sólo los fijamos en los afectos despertados por la situación, no tanto en la situación en sí.

Pero antes de continuar, una duda: ¿esto no ha sido así siempre? Más aún: ¿Puede ser de otra manera, existe la posibilidad de no vivir centrados en esas consecuencias, o esa escisión entre lo acontecido y la afectación que produce es ilusoria? ¿Es, pues, sólo una cuestión de pesos, de intensidad focal? Ahí-Yo que mencionaba, esa disociación entre lo sucedido y los afectos generados, se circunscribe únicamente eventos con un cierto impacto emocional?

Ese Ahí-Yo tiene que ver con la disociación entre lo que Arendt llama el ámbito privado de la vida (fisiología, metabolismo) y el ámbito público del trabajo (transformación del mundo)

En otro orden, más idiota, es como si a la vida le hubiéramos puesto banda sonora. Como si pudiéramos dictarnos a nosotros mismos que sentir en cada situación. Quizá de ahí, de nuestra incapacidad para aceptar el sentimiento derivado de un mundo no producido por nosotros, surge esa tendencia a enmarcarnos dentro de un universo fenomenológico dirigido: los cascos de música, las gafas de sol, las cremas protectoras e, incluso, las gorras y las botas de soldado con las que recorremos las calles no son sino materiales aislantes cuya finalidad no es solo introducirnos en un mundo-hecho, sino que tienen la facultad de permitirnos administrar los sentimientos producidos por dicho mundo-hecho. No es tanto un fenómeno de insularidad, que lo es, como una protección ante la falta de asideros del mundo —el mundo dado tenía la facultad de ser un reto, sí; pero en la superación de esos retos encontrábamos las muletas, las barandillas para afrontar nuevos retos.

Quizá más interesante que intentar dar una respuesta directa a cada una de esas preguntas sea explorar los territorios conceptuales que se derivan de ellas. Y, quizá otra vez, sea a partir de ahí que surjan las respuestas, aunque sean difusas. Destacan tres áreas, cuyos contornos, sin duda porosos, comparten fronteras. Y no sólo eso, bien puede ser que esos tres conceptos deriven unos de otros, de forma que quizá no haya que expresarlos como un listado, más o menos inocente, sino como una concatenación:

- a. Conflicto. La escisión como desconfianza.
- b. Dominio
- c. Administración.

haya territorios concpetualeEsta desconfianza, que nos Se diría que hemos empezado a desconfiar. La desconfianza, dicen, es el de esa ecuación que establecía una relación causal entre actos y afectos. , si no de la Claro, que quizá no sea que nos hayamos vuelto hermeneutas de nosotros mismos; que, simplemente, sea una coincidencia.

A lo mejor tiene que ver con que lo hecho ya no requiere ese esfuerzo de anticipación, lo dado, que no existe ya, nos lo sabemos, lo posible en lo dado ya no nos exige, no es una amenaza...

48. Es el dios de Holderlin, pero es la Vida hoy:

“Nos sostiene  
erguidos, como a niños,  
en andadores dorados”

49. El Yo es un otro. El Ahí-Yo.

50. En el fondo da igual el vaciado del Yo. Da igual si es real, en términos de que efectivamente el Yo no existe y por lo estamos reconociendo, sino porque queremos que sea así va a ser así. Quizá el experimento que descarta la voluntad, que ahora no recuerdo el autor, lo generamos y concluimos como lo concluimos porque no podemos pensar que pueda concluir de otra manera.

Lo mismo sucede con la ahistoricidad en la que vivimos, que es el resultado de un estar-aquí-inmanente (o de la necesidad de creer que estamos en un estar-aquí-inmanente). La imposibilidad de la sustancia (algo, lo que sea, transversal que funciona como el hilo rojo del Ser) nos empuja a un transcendentalismo inmediato. No somos el resultado de ser seres ahistóricos, sino que somos ahistóricos porque no somos seres. Algo que, también y de una forma más banal, es resultado de una saturación historicista.

51. Quizá ese vaciado del Yo tenga que ver con el hastío. El peso del mundo es insoportable para cualquier espalda. Atlas, tu trabajo no merece la pena. Gracias por el esfuerzo, pero ya no significas nada. Hoy es imposible comprender al héroe. Hoy es imposible que nadie pretenda, no ya que pueda, echarse el peso del miedo sobre la espalda.

52. Por otra parte, el vaciado del Yo y la construcción voluntaria de la subjetividad –o, al menos, la proposición de su posibilidad– es ya un proceso habitual en el mercado. Pero, eso sí, esa nueva subjetividad que el sujeto puede otorgarse/dotarse sólo es posible, y permitida, si es para alcanzar una meta, un objetivo, que, además, tiene que estar validado por el propio mercado.

53. ¿Quién es el periférico aquí?

54. El exocerebro no se vuelve problemático porque máquinas realicen tareas periféricas de la cognición, sino que, dado que la cognición se ha desterrado en periférica en el Ahí-Yo, quizá necesite periféricos capaces de proporcionar la sensación de integración. Esa desintegración queda patente ya en la relación sujeto-cuerpo: el Yo desterrado no se ve capaz de construir su sí-mismo a partir de su propia percepción, de la percepción de su propio cuerpo, y por eso requiere cada vez más de un sinfín de cachivaches que le ayuden en esa gestión. (Sin olvidar que, como apunta Damasio, de todos los frentes fenomenológicos a los que se enfrenta nuestro aparato cognitivo, el único que no posee una interfaz que ejerza las funciones de traductor/integrador es la frontera entre cerebro y fisiología). Los datos generan la sensación de sujeto que controla ahí donde no hay sujeto ni control.

El peligro no es que el sujeto se vacíe de contenido por el uso de esos dispositivos; sino porque están vacío los usan –y como no lo saben son incapaces de aceptarlo, buscando un sustituto.

55. La interfaz busca sustituir el Yo, por eso es intuitivo.

56. Kierkegaard: “Los caballeros del infinito son bailarines y alcanzan altura. Con un salto se elevan y vuelven a caer, lo que constituye un espectáculo muy entretenido, digno de contemplar. Pero en el momento de tocar el suelo de nuevo, no pueden quedarse instantáneamente fijos en una posición, sino que vacilan durante unos segundos; ese vacilar demuestra que son ajenos a este mundo. Según sea experto el espectador le saltará más o menos a la vista esa vacilación, pero ni siquiera el mejor de

tales caballeros conseguirá eliminar completamente su vacilar. No es cuando se encuentran en el aire el momento de observarlos, sino cuando tocan el suelo, precisamente entonces: así se les reconocerá. Pero caer de tal manera que pueda parecer que a la vez están inmóviles y en movimiento, transformar en caminar el salto de la vida, expresar a la perfección lo sublime en lo pedestre, eso sí lo consigue el caballero y ese es el auténtico prodigio”.

La caída, la vuelta al mundo, quizá manifieste la gran diferencia entre concentración y extrañamiento. ¿Cómo retorna al mundo el concentrado, y cómo lo hace el extrañado? El concentrado lo hace sin fisuras puesto que, en realidad, no retorna: nunca se alejó del mundo: el mundo es un caso de uso que exige concentración, y estar concentrado es la manera de participar en él. Se abandonó a sí mismo, sí; pero nunca dejó el mundo y por eso su aterrizaje es tan suave, tan armonioso que no se puede hablar de aterrizaje. Es, sobre todo, una continuidad. Pasa de un foco de concentración a otro, concatena atenciones, pero el momento es el mismo. El extrañado, en cambio, sí sufre ese traspies que supone retornar al mundo al retornar al sí-mismo: es casi como el teletransportado que aparece error en otra temporalidad: apuntó al segundo imperio romano y se topó con la Alemania nazi de pre-guerra. El extrañado exige reconocerse para incluirse en sí-mismo y en el mundo. Reconocerse a sí mismo inscrito en un mundo determinado. La vuelta del concentrado es eficiente; la del extrañado, cómica.

57. Históricamente, las descripciones del Yo coinciden con las descripciones del mundo. Cómo nos contamos el mundo es como nos contamos a nosotros mismos.

58. El Yo es algo que me han obligado a tener. ¿Quién me ha obligado? Sinceramente, diría que Kant, pero sería injusto por dos motivos: 1.- porque sería injusto que recayera sobre una sola espalda semejante peso; y 2.- porque no puede ser obra de un solo hombre: tiene que haber más responsables. Y, sin carme cuenta, hay otra razón, mi forzamiento a tener un Yo, que no existe, no puede depender de otro Yo, que tampoco existe.

59. El destierro del Yo no es nuevo, ya alguien lo diagnosticó a principios del siglo pasado y, sin embargo y quizá por ello, no sólo no hemos hecho nada para solucionarlo sino que se ha profundizado.

60. La parcelación de la subjetividad a partir de la parcelación del trabajo. ¿Síntomas de una misma eficiencia? El trabajo concentrado impone el destierro al Yo absoluto, unívoco.

61. Concentrados somos todos iguales, concentrados somos todos el mismo.

62. Al mismo tiempo el humano vive desbordado por su propio Yo. El Yo, que era el instrumento para contener los desbordamientos del mundo, desprovisto de del mundo excluido de él, se vive sin barreras, sin muros de contención: se desborda. El Yo se ha convertido en una ametralladora de disparar ansiedades.